

# “Picnic”

- Por Edgar Soberon Torchia -

Hay algo perturbador detrás de las buenas intenciones, de la selección hábil de reparto y de la modesta y eficaz puesta-en-scena de la obra de William Inge, *Picnic*, a cargo de Theatre Guild y el Departamento de Drama del colegio universitario de la Zona del Canal, bajo la dirección de Bruce Quinn y William González. Algo q' no deja de parecerme triste. Cuando todos quizás esperan que juzguemos si Quinn y González dirigieron bien o si Joan Manfredo sacó partido de un rol excelente, puede resultar irrelevante que al reseñar este montaje apuntemos a una realidad que determina todo el asunto, y es lo q' dota de innegable patetismo al trabajo.

La cuestión es que, a raíz de *Picnic*, aflora una situación donde los zoneítas, históricamente “verdugos”, se convierten en sus propias víctimas. La problemática de la Zona del Canal que nos ha tocado vivir a los panameños, es la misma que ha circunscrito a los zoneítas a una realidad aislada. Porque, aún en representación de la potencia estadounidense, han funcionado casi como una colonia; con privilegios quizás, pero que son coloniales a fin de cuentas. Al menos, el desarrollo de su creatividad artística o, para este caso, de su potencial en las artes teatrales, ha estado determinado (y lo está, pensamos, al ver *Picnic*) por una realidad externa, la de Estados Unidos, a varios kilómetros de la realidad de colonos que viven.

Una vez sentados en la acogedora salita del Theatre Guild, con y entre ellos, nos viene a la memoria todo el asunto del Canal, de los norteamericanos con casi medio siglo en tierra

panameña, de sus hijos crecidos en el istmo, donde los únicos que los identifica con la nación norteña son los breves contactos ocasionales, la televisión mediocre que les llega importada, la tradición ya adulterada y los recuerdos de los elementos originales que aún residen en el istmo. Y no lo pensamos con maldad, sino, como dijimos, con alguna tristeza.

La obra de Inge es ciertamente tan casera como el pastel de manzana que haría Helen Potts, la buena vecina. Recibe entonces un tratamiento “estilo pancake”, y pienso tanto en las tortillas de Aunt Jemima, como en el maquillaje “pancake”: una máscara de añoranza, porque toda la situación evocada representa algo que ya caducó y que está por desaparecer, que maquillada oazonada con dulce sirope se vuelve menos dura.

El desnivel en la atención prestada a los actores no puede ser sublimado, a pesar de la estamina que inyecta al rol central el panameño Rogelio Pretto, a quien vemos nuevamente

envuelto en un proyecto embarazoso, en su fase experimental para escudriñar sus posibilidades, y otra vez también le vemos trascender las limitaciones que le rodean reafirmando una capacidad actoral genuina. El resto del electo no lo juzgaremos, sino q' nos preguntamos hacia dónde va, o qué podrá lograr en el futuro. No podemos dar la espalda a unos recientes Tratados, a un cambio de piel, complicados por el desconocimiento del idioma del marco geográfico en que se mueven estos actores: la Zona del Canal

es una isla pequeñísima dentro de América Latina. ¿Volver a EE.UU.? ¿Llegar por vez primera? ¿O integrarse al medio panameño y colaborar en el desarrollo del país aportando sus conocimientos adquiridos? Nosotros no tenemos la respuesta.

Si nos concretamos a que este es un proyecto del Departamento de Drama universitario. *Picnic* es un ejercicio académico, reverente y nostálgico que mira hacia otra realidad en un tiempo ingenuo que no volverá, y que funciona como requisito para obtener una calificación. Esto nos lleva a la pregunta irrevocable: ¿por qué *Picnic*? Ella nos llevará necesariamente hacia una revaloración de nuestra selectividad, y, en el mejor de los casos, a una experimentación futura que sea o más acorde con la realidad que vivimos, o no tan extemporánea como *Picnic*. Porque definitivamente todos, panameños y zoneítas, podemos prescindir de *Picnic*.